

El monstruo del arroyo

Mario Méndez

Ilustraciones de Pez

loqueleog

*Para Martina, cuya
sonrisa derrota todos
los monstruos.*

I

NOCHES DE TORMENTA

Un relámpago iluminó la oscura noche pueblerina y al instante un trueno rompió el silencio de las calles desiertas. La lluvia, que había caído durante toda la tarde, se hizo más potente aún, transformándose en una implacable cortina de agua que anegaba las calles de tierra de Los Tepuales.

Pedro se asomó a la ventana de su casa y corrió las cortinas; enseguida la voz de su tía Cata lo regresó a la mesa, donde lo esperaban las tareas de la escuela.

—Pedro —dijo la tía con tono amable, como excusándose—, tenés que terminar los deberes, además, ya sabés...

Pedro movió la cabeza, asintiendo.

—Sí, ya sé —dijo tristemente, y se quedó callado.

Lo que Pedro sabía era lo mismo que también

sabían todos los habitantes de Los Tepuales. A esa hora, y en plena tormenta, era mejor no asomarse. La escena se repetía, seguramente, en muchas de las casas bajas del pueblo, esa misma noche. Y se venía repitiendo desde hacía ya varios años, desde el momento en que se instaló en el pueblo lo que primero fue un rumor y después una certeza que nadie se atrevía a discutir: que en las afueras de Los Tepuales, en el casco abandonado de la estancia La Margarita, junto al arroyo Triste, vivía un monstruo.

El pueblo se había enterado de tan extraña noticia en otra parecida noche de tormenta; aquélla en que un paisano que venía al pueblo en su caballo vio una luz en la vieja casona destruida, se asomó a curiosear y muy poco después entró al galope por la única calle asfaltada, gritando horrorizado su descubrimiento: “¡Un monstruo! ¡Un monstruo!”, exclamaba el aterrado paisano, y desde aquellos gritos ya nada fue igual en Los Tepuales.

La noticia que había traído aquel paisano asustado enseguida se hizo verdad entre los vecinos supersticiosos, que muy pronto sacaron a relucir las leyendas más antiguas: que en La Margarita vivió un sabio loco, decían algunos —y que



quizás todavía estaba allí, agregaban otros en voz baja—. Que el arroyo Triste tenía ese nombre no por la poquísima agua que arrastraba sino porque en él se había ahogado una vieja hechicera, y que la vieja, antes de morir, había maldecido las aguas oscuras. O que La Margarita no se vendía no por problemas de sucesión, como argumentaban los abogados, sino porque el dueño que —suponían— sabía lo del sabio loco, o lo de la vieja hechicera, no quería hacerse cargo de la suerte de los futuros ocupantes.

Lo cierto es que durante mucho tiempo el tema excluyente de todas las conversaciones de los tepualenses fue La Margarita y su monstruoso habitante. A muy pocos se les ocurrió pensar que tal vez aquel gaucho curioso estaba un poquito pasado de copas y los que sí consideraban esa posibilidad respondían con algo que para ellos era una verdad indiscutible: los chicos —aseguraban—, los locos y los borrachos nunca mienten.

Pero como a pesar de todo siempre hay alguien que no pierde la cabeza, hubo en Los Tepuales una persona que dudó de los dichos del pueblo. El director de la única escuela del lugar era de los poquísimos que se reían del cuento y fue él quien

logró reunir una expedición que se animaría a inspeccionar La Margarita. Cinco hombres y el director partieron un día poco antes del atardecer, recorrieron la estancia abandonada y entraron a la vieja casona cuando ya oscurecía. Volvieron muy poco después: uno de los expedicionarios, que en realidad no era tan valiente como parecía, se enganchó el poncho en un clavo y pegó tal grito que asustó a sus compañeros. Todos corrieron, salvo el director, que a pesar de los gritos se animó a seguir. Volvió muy tarde, cansado y embarrado hasta las rodillas. En el bar del pueblo lo esperaban sus compañeros y muchos vecinos. Él les dijo que no había visto ningún monstruo, aunque agregó que en el fondo de la casa le había parecido ver una luz y que al acercarse la luz se había apagado.

—Un relámpago —aseguró, pero ya era tarde. Hasta sus mismos compañeros se convencieron de que “algo” había y ya nadie se animó a volver por allí.

Para colmo, dos meses después el director se jubiló y regresó a su pueblo natal, con lo que los comentarios se hicieron unánimes: “Por algo se va”, decían algunos aun antes de que el director abandonara el pueblo. “Él lo vio”, aseguraban

otros al día siguiente de su partida, y a la semana ya nadie dudaba de que, efectivamente, se iba escapando del monstruo.

II ALGO

Que en La Margarita había “algo”, aunque parezca mentira, era la más pura verdad. Lo que se contaba acerca de las sombras que se movían en los alrededores de la estancia, o de las luces que titilaban en la casa en ruinas, era cierto. Un extraño ser solía moverse por entre los árboles del bosquecito que rodeaba la casa, casi siempre a la llegada del atardecer, cargando en los largos brazos los montones de leña con los que encendía los fuegos de que se hablaba en el pueblo. Ese “algo”, ese ser grande y peludo, vivía en la casa desde hacía muchos años, en la soledad más absoluta, sin comunicarse con nadie, sin más comodidades que su camastro de cueros y paja y la leña que quién sabe cómo había aprendido a utilizar y que lo calentaba en el invierno.

Cómo había llegado a La Margarita era un misterio que ni él mismo, si hubiera podido

hablar, habría explicado. Por lo que el monstruo sabía, siempre había estado en esa, su guarida, y siempre estaría allí, alimentándose con lo que encontraba y evitando todo contacto con los vecinos del pueblo, por los que no sentía ninguna simpatía: había bajado alguna que otra vez hasta Los Tepuales, siempre ocultándose en las sombras de la noche y dos o tres veces los perros lo habían corrido, ladrándole. De ellos, precisamente, había aprendido a defenderse, copiándoles los ladridos, que le salían muy a su manera: mostraba los dientes, gruñía y emitía una especie de aullido largo y desafinado que no asustaba demasiado a los perros pero mantenía, sin que él pudiera adivinarlo, a todos los vecinos encerrados en sus casas, aterrados ante la posibilidad de que el monstruo al fin se hubiera decidido a atacarlos.

Después de esas raras incursiones al pueblo, volvía, como siempre, a su guarida en el arroyo. Se acomodaba en alguna de las piezas de la casona y evitaba, sin saber por qué, los restos del auto rojo semivolcado contra un árbol, a pocos metros de la casa. Qué era ese armatoste roto en medio del bosquecito resultaba algo que el monstruo no estaba capacitado para entender, pero por alguna oscura razón